

—Sí; ¿no te lo ha dicho ese? Hoy vas al teatro con nosotros. Hay estreno; es decir, un estreno de don Pedro Calderón de la Barca, el ídolo de tu marido. ¿No sabes? Ha venido un actor de Madrid, Perales, muy amigo mío, que imita á Calvo muy bien. Hoy hacen *La Vida es Sueño*.. ¡No faltaba más! Tienes que venir. Una solemnidad! Mamá se empeña. Espera vestida.

—Pero, criatura, si mañana tengo que comulgar...

—¿Eso qué importa?

—¡Vaya si importa!

—Lo dejas para otro día. En fin, ya arreglarás eso con mamá; porque ella viene á buscarte.

Y sin atender á más, salió del portal el aturdido marquesito.

Petra ya estaba dentro, en el patio, haciendo como que no oía. «Ya sabía á qué atenerse; *era aquel*. Por lo menos *aquel* era uno. El Marquesito la había entretenido á ella para dejar solos á los otros. Se le conocía en que estaba tan frío. No le había dado ni un mal abrazo en lo oscuro.» Escuchó. Oyó que don Alvaro se despedía con una voz temblona y muy humilde.

—¿Irá Vd. al teatro?

—No, de fijo no—contestó la Regenta, cerrando detrás de sí la puerta y entrando en el patio.



X

Alas ocho en punto, la berlina de la Marquesa venía arrancando chispas por las mal empedradas calles de la Encimada; llegaba á la Plaza Nueva y se detenía delante del caserón arrinconado.

La Marquesa, de azul y oro, luciendo asomos de encantos que fueron, hoy mustios collados, con las canas teñidas de negro y el tinte empolvado de blanco, entraba en el comedor de la Regenta abriendo puertas con estrépito.

—¿Cómo? ¿qué es esto? ¿no te has vestido?

—¡Qué terca!—exclamó Paquito, que acompañaba á su madre.

Don Víctor inclinó la cabeza y encogió los hombros, dando á entender que no era responsable de aquella terquedad.

«Él sí, estaba dispuesto.» En efecto, se abrochaba los guantes y lucía su levita de tricot muy ajustada.

Ana sonrió á la Marquesa.

—Pero, señora, si es una locura. ¿Por qué se ha molestado Vd.?

—¿Cómo locura? Ahora mismo te vas á vestir. Pues ya que me he molestado, como tú dices, no será en vano. Ea! arriba; ó aquí mismo, delante de estos señores te peino, te calzo y te visto.

—Eso es—dijo Paco—te vestimos, te peinamos...

Don Víctor instó también.

—*La Vida es Sueño*, hija mía, es el portento de los portentos del teatro... Es un drama simbólico... filosófico.

—Sí, ya sé, Quintanar...

—Y Perales, que lo dice tan bien, mi amigo Perales...

—Y que habrá tanta gente—añadió la Marquesa.

—Por Dios, señora; con mil amores, si no fuera... ¿No voy otras veces! Pero si mañana tengo que comulgar!

—¡Tá, tá, tá, tá! ¿y qué tiene eso que ver? ¿Lo sabe la gente? ¿Vas tú al Teatro á pecar?

—El arte es una religión!—advirtió don Víctor consultando el reloj, temeroso de perder lo de

Hipógrifo violento
que corriste parejas con el viento.

Después supo que esto lo suprimían. «¡Qué escándalo!»

—Pero, niña—prosiguió—demasiado nos honra la Marquesa.

—¿Qué honra ni qué calabazas?... pero ha de venir.

—No señora; es inútil insistir.

Disputaron mucho tiempo; pero al fin doña Rufina, que también quería ver empezar, cedió y se llevó á don Víctor, que hizo algunos remilgos.

—Ya que ella es tan terca, me quedaré yo también.

—¡No faltaba más!—exclamó la Regenta asustada.

—¿No vas otras noches?

Don Víctor insistió otro poco en quedarse, en perder aquel drama de dramas.

Pero al fin Ana se vió sola en el comedor, cerca de aquella chimenea de campana, churrigueresca, exuberante de relieves de yeso, pintada con colores de lagarto; la chimenea, al amor de cuya lumbre leyera en otros días tantos folletines la señorita doña Anunciación Ozores, que en paz descansa. Ahora había allí fuego; la hornilla, descubierta, era un agujero de tristeza.

Petra recogió el servicio del café. Andaba perezosa. Entró y salió muchas veces. El ama no la veía siquiera, miraba, sin mover los párpados, á la hornilla negra y fría. La doncella se comía con los ojos á la señora. «¡No va al teatro! Aquí pasa algo. ¿Estorbaré? ¿Me necesitará?»

—¿Querrá algo la señora?—preguntó.

Sobresaltada la Regenta, respondió:

—Yo?... qué?... Nada; vete.

«Después de todo, era una tontería haber dado aquel desaire á la Marquesa, estando decidida á no comulgar al día siguiente. Pero, ¿y por qué no había de comulgar? ¿Era ella una beata con escrúpulos necios? ¿Qué tenía que echarse en cara? ¿Era que había faltado? Todo Vetusta en aquel momento estaba gozando entre ruido, luz, música, alegría; y ella sola, sola, allí en aquel comedor oscuro, triste, frío, lleno de recuerdos odiosos ó necios, huyendo la ocasión de dar pábulo á una pasión que halagaría á la mujer más presuntuosa. ¿Era esto pecar? Nada tenía ella que ver con don Álvaro. Podía él estar todo lo enamorado que quisiera, pero ella jamás le otorgaría el favor más insignificante. Desde ahora, ni mirarle siquiera. Estaba

decidida. ¿Qué había que confesar? Nada. ¿Para qué reconciliar? Para nada. Podía comulgar sin miedo; sí, madrugaría, comulgaría. ¡Pero bastaba, bastaba por Dios, de pensar en aquello! Se volvía loca. Aquel con-



tinuo estudiar su pensamiento, acecharse á sí misma, acusarse, por ideas inocentes, de malos pensamientos, era un martirio. Un martirio que añadía á los que la vida le había traído y seguía trayendo sin buscarlos. Pero ¿qué había de hacer sino cavilar una mujer como ella? ¿En qué se había de divertir? ¿En cazar con liga ó con reclamo como su marido? ¿En plantar eucaliptus donde

no querían nacer, como Frigilis?»

En aquel momento vió á todos los vetustenses felices á su modo, entregados unos al vicio, otros á cualquier manía, pero todos satisfechos. Sólo ella estaba allí como en un destierro. «Pero ¡ay! era una desterrada que no tenía patria á dónde volver, ni por la cual suspirar. Había vivido en Granada, en Zaragoza, en Granada otra vez, y en Valladolid; don Víctor siempre con ella; ¿qué había dejado ni á orillas del Ebro, el río del Trovador, ni á orillas del Genil y el Darro? Nada; á lo más, algún conato de aventura ridícula. Se acordó del inglés que tenía un carmen junto á la Alhambra, el que se enamoró de ella y le regaló la piel del tigre cazado en la India por sus criados. Había sabido más adelante que aquel hombre, que en una carta—que ella rasgó—la juraba ahorcarse de un árbol histórico de los jardines del Generalife «junto á las fuentes de eterna poesía y voluptuosa frescura», aquel pobre Mr. Brooke se había casado con una gitana del Alba-

cin. Buen provecho; pero de todas maneras era una aventura estúpida. La piel del tigre la conservaba, por el tigre, no por el inglés.» Esta historia no la sabía bien Obdulia; creía que se trataba de un norte-americano; se lo había dicho Visitación...

«¿Por qué no había ido al teatro? Tal vez allí hubiera podido alejar de sí aquellas ideas tristes, desconsoladoras que se clavaban en su cerebro como alfileres en un acerico. Si estaba siendo una tonta. ¿Por qué no había de hacer lo que todas las demás?» En aquel instante pensaba como si no hubiera en toda la ciudad más mujeres honestas que ella. Se puso en pie; estaba impaciente, casi airada. Miró á la llama de la lámpara suspendida sobre la mesa..... La ofendía aquella luz. Salió del comedor; entró en su gabinete; abrió el balcón, apoyó los codos en el hierro y la cabeza en las manos. La luna brillaba en frente, detrás de los soberbios eucaliptus del *Parque*, plantados por Frigilis. Duraba aquel viento sur blando, templado, perezoso; á veces ráfagas vivas movían como sonajas de panderetas las hojas, que empezaban á secarse y sonaban con timbre metálico. Eran como estremecimientos de aquella naturaleza próxima á dormir su sueño de invierno.

Ana oía ruidos confusos de la ciudad con resonancias prolongadas, melancólicas; gritos, fragmentos de canciones lejanas, ladridos, todo desvanecido en el aire, como la luz blanquecina reverberada por la niebla tenue que se cernía sobre Vetusta, y parecía el cuerpo del viento blando y caliente. Miró al cielo, á la luz grande que tenía en frente, sin saber lo que miraba; sintió en los ojos un polvo de claridad argentina; hilo de plata que bajaba desde lo alto á sus ojos, como telas de araña; las lágrimas refractaban así los rayos de la luna.

«¿Por qué lloraba? ¿Á qué venía aquello? También

ella era bien necia. Tenía miedo de estos enternecimientos que no servían para nada.»

La luna la miraba á ella con un ojo solo, metido el otro en el abismo; los eucaliptus de Frigilis inclinándose leve y majestuosamente su copa se acercaban unos á otros, cuchicheando, como diciéndose discretamente lo que pensaban de aquella loca, de aquella mujer sin madre, sin hijos, sin amor, que había jurado fidelidad eterna á un hombre que prefería un buen macho de perdiz á todas las caricias conyugales.

«Aquel Frigilis, el de los eucaliptus, había tenido la culpa. Se lo había metido por los ojos. Y hacía ocho años y todavía pensaba en esta mala pasada de Frigilis como si fuera una injuria de la vispera. ¿Y si se hubiera casado con don Frutos Redondo? Acaso le hubiera sido infiel. Pero aquel don Víctor era tan bueno, tan caballero! parecía un padre, y aparte la fe jurada, era una villanía, una ingratitud engañarle. Con don Frutos hubiera sido tal vez otra cosa. No hubiera habido más remedio. ¡Sería tan brutal, tan grosero! Don Álvaro entonces la hubiera robado, sí, y estarían al fin del mundo á estas horas. Y si Redondo se incomodaba, tendría que batirse con Mesía.» Ana contempló á don Frutos, el misero tendido sobre la arena, ahogándose en un charco de sangre, como la que ella había visto en la plaza de toros, una sangre casi negra, muy espesa y con espuma...

«¡Qué horror!» Tuvo asco de aquella imagen y de las ideas que la habían traído.

«¡Qué miserable soy en estas horas de desaliento! ¡Qué infamias estoy pensando!...» Se ahogaba en el balcón. Quiso bajar á la huerta, al *Parque*; sin pedir luz ni encenderla, alumbrada por la luna, atravesó algunas habitaciones buscando la escalera del parterre; pero al pasar cerca del despacho de Quintanar, cambió de propósito y se dijo: «Entraré ahí; ese debe de

tener fósforos sobre la mesa. Voy á escribir al Magistral; le diré que me espere mañana de tarde; necesito reconciliar; yo no puedo recibir la comunión así; se lo contaré todo, todo, lo de dentro, lo de más adentro también.»

El despacho estaba á oscuras; allí no entraba la luna. Ana avanzó tentando las paredes. Á cada paso tropezaba con un mueble. Se arrepintió de haberse aventurado sin luz en aquella estancia que no tenía un pié cuadrado libre de estorbos. Pero ya no era cosa de volverse atrás. Dió un paso sin apoyarse en la pared, siguió de frente, con las manos de avanzada para evitar un choque...

—Ay! Jesús! Quién va? quién es? quién me sujeta?
—gritó horrorizada.

Su mano había tocado un objeto frío, metálico, que había cedido á la opresión, y en seguida oyó un chasquido y sintió dos golpes simultáneos en el brazo, que quedó preso entre unas tenazas inflexibles que oprimían la carne con fuerza. Con toda la que le dió el miedo sacudió el brazo para librarse de aquella prisión, mientras seguía gritando:

—Petra! luz! quién está aquí?

Las tenazas no soltaron la presa; siguieron su movimiento y Ana sintió un peso, y oyó el estrépito de cristales que se quebraban en el pavimento al caer en compañía de otros objetos, resonantes al chocar con el piso. No se atrevía á coger con la otra mano las tenazas que le oprimían, y no se libraba de ellas aunque seguía sacudiendo el brazo. Buscó la puerta, tropezó mil veces; ya sin tino, todo lo echaba á tierra; sonaba sin cesar el ruido de algo que se quebraba ó rodaba con estrépito por el suelo. Llegó Petra con luz.

—Señora! señora! ¿qué es esto? ¡Ladrones!

—No, callá! Ven acá, quitame esto que me oprime como unas tenazas.

Ana estaba roja de vergüenza y de ira. Sentía una indignación tan grande como la cólera de Aquiles, el hijo de Peleo.



Petra intentó arrancar el brazo de su ama de aquella trampa en que había caído.
Era una máquina que, según Frigilis y Quintanar,

sus inventores, serviría para coger zorros en los gallineros en cuanto acabasen ellos de vencer cierta dificultad de mecánica que retardaba la aplicación del artefacto.

Era necesario que el hocico del animal tocase en un punto determinado; si tocaba, inmediatamente caía sobre su cabeza una barra metálica y otra idéntica le sujetaba por debajo de la quijada inferior. La fuerza del resorte no era suficiente para matar al ladrón de corral, pero sí para detenerlo, merced á ciertos ganchos incruentos sabiamente preparados. Ni Frigilis ni Quintanar querían sangre; no pretendían más que tener bien sujeto al delincuente cogido infraganti. Si estos inventores no hubieran sabido armonizar los intereses de la industria con los estatutos de la sociedad protectora de animales, lo hubiera pasado mal aquella noche la Regenta. Por fortuna, Quintanar era correcionalista; quería la enmienda del culpable, pero no su destrucción. Los zorros que él cazara, sobrevivirían. No faltaba, para que la máquina fuese perfecta, más que esto: que los ladrones de gallinas viniesen á tropezar con el botón del resorte endiablado, como había tropezado aquella señora.

Ni Petra ni su ama conocían el uso de aquel artefacto que tuvieron que destrozar—y buenos sudores les costó—para separarlo del brazo que magullaba.

Petra contenía la risa á duras penas. Se contentó con decir:

—*Qué estropicio!*—apuntando á los pedazos de loza, cristal, y otras materias incalificables que yacían sobre el piso.

—Si hubiera sido yo, me despedía don Víctor... ¡Ay, señora! si ha roto Vd. tres de esos tiestos nuevos... ¡y el cuadro de las mariposas se ha hecho pedacitos! y se ha roto una vitrina del herbario! y...

—Basta! deja esa luz ahí, vete—interrumpió la Regenta.

Petra insistió gozándose en la disimulada cólera de su ama.

—¿Quiere Vd. que traiga árnica, señora? Mire Vd., tiene el brazo amoratado... ya lo creo... apenas morde-
ría con fuerza ese demonio de guillotina... pero, ¿qué
será eso? ¿Vd. lo sabe?

—Yo... no... no; déjame. Tráeme un poco de agua.

—Ya lo creo; y tila, si está Vd. pálida como una
muerta. ¿Pero por qué andaba Vd. á oscuras, señora?
¡Qué susto! pero qué susto!... ¿Qué demonches de
diablura será eso? Pues para cazar gorriones no es...
Y lo hemos roto... mire Vd... pero no hubo remedio.

Petra salió, volviendo con árnica que no quiso apli-
carse la Regenta; después vino con tila, recogió los
restos de los cachivaches y los puso sobre mesas y ar-
marios como si fueran reliquias santas. Sentía un jú-
bilo singular viendo aquella ruina de objetos que ella
tenía que considerar como vasos sagrados de un culto
desconocido.

—¡Si hubiera sido yo!—repetía entre dientes, al
juntar los últimos pedazos, puesta en cuclillas.

Gozaba con delicia de aquella catástrofe, desde el
punto de vista de su irresponsabilidad.

Ana bajó á la huerta, olvidada ya de la carta que
quería escribir. Le dolía el brazo. Le dolía con el esco-
zor moral de las bofetadas que deshonran. Le parecía
una vergüenza y una degradación ridícula todo aque-
llo. Estaba furiosa. «¡Su don Víctor! Aquel idiota! Sí,
idiota; en aquel momento no se volvía atrás. ¡Qué di-
ría Petra para sus adentros! ¿Qué marido era aquel
que cazaba con trampa á su esposa?» Miró á la luna y
se le figuró que le hacía muecas burlándose de su
aventura. Los árboles seguían hablándose al oído,
murmurando con todas las hojas; comentaban con
irónica sonrisilla el lance de la guillotina, como decía
Petra.

«Qué hermosa noche! Pero ¿quién era ella para ad-
mirar la noche serena? ¿Qué tenía que ver toda aque-
lla poesía melancólica de cielo y tierra con lo que le
sucedió á ella?»

«Si pensaría Quintanar que una mujer es de hierro
y puede resistir, sin caer en la tentación, manías de un
marido que inventa máquinas absurdas para magullar
los brazos de su esposa. Su marido era botánico, orni-
tólogo, floricultor, arboricultor, cazador, crítico de co-
medias, cómico, jurisconsulto; todo menos un marido.
Quería más á Frígilis que á su mujer. ¿Y quién era
Frígilis? Un loco; simpático años atrás, pero ahora
completamente *ido*, intratable; un hombre que tenía
la manía de la aclimatación, que todo lo quería armo-
nizar, mezclar y confundir; que ingertaba perales en
manzanos y creía que todo era uno y lo mismo, y pre-
tendía que el caso era «adaptarse al medio.» Un hom-
bre que había llegado en su orgía de disparates á inger-
tar gallos ingleses en gallos españoles: ¡lo había visto
ella! Unos pobrecitos animales con la cresta despeda-
zada, y encima, sujeto con trapos un muñón de carne
cruda, sanguinolenta ¡qué asco! Aquel Herodes era el
Pilades de su marido. Y hacía tres años que ella vivía
entre aquel par de sonámbulos, sin más relaciones ín-
timas. Bastaba, bastaba, no podía más; aquello era la
gota de agua que hace desbordar... ¡caer en una tram-
pa que un marido coloca en su despacho como si fuera
el monte! ¡no era esto el colmo de lo ridículo!»

La exageración de aquel sentimiento de cólera injus-
tísima, pueril, la hizo notar su error. «¡Ella sí que era
ridícula! Irritarse de aquel modo por un incidente vul-
gar, insignificante!» Y volvió contra sí todo el despre-
cio. «¿Qué culpa tiene él de que yo éntre á deshora,
sin luz en su despacho? ¿Qué motivo racional de que-
ja tenía ella? Ninguno. Oh! no había pretexto, no había
pretexto para la ingratitude...»

«Pero no importaba; ella se moría de hastío. Tenía veintisiete años, la juventud huía; veintisiete años de mujer eran la puerta de la vejez á que ya estaba llamando... y no había gozado una sola vez esas delicias del amor de que hablan todos, que son el asunto de comedias, novelas y hasta de la historia. El amor es lo único que vale la pena de vivir, había ella oído y leído muchas veces. Pero ¿qué amor? ¿dónde estaba ese amor? Ella no lo conocía. Y recordaba entre avergonzada y furiosa que su luna de miel había sido una excitación inútil, una alarma de los sentidos, un sarcasmo en el fondo; sí, sí, ¿para qué ocultárselo á sí misma si á voces se lo estaba diciendo el recuerdo?: la primer noche, al despertar en su lecho de esposa, sintió junto á sí la respiración de un magistrado; le pareció un despropósito y una desfachatez que ya que estaba allí dentro el señor Quintanar, no estuviera con su levita larga de tricot y su pantalón negro de castor; recordaba que las delicias materiales, irremediables, la avergonzaban, y se reían de ella al mismo tiempo que la aturdián: el gozar sin querer junto á aquel hombre le sonaba como la frase del miércoles de ceniza *¡quia pulvis es!* eres polvo, eres materia... pero al mismo tiempo se aclaraba el sentido de todo aquello que había leído en sus mitologías, de lo que había oído á criados y pastores murmurar con malicia... ¡Lo que aquello era y lo que podía haber sido!... Y en aquel presidio de castidad no le quedaba ni el consuelo de ser tenida por mártir y heroína... Recordaba también las palabras de envidia, las miradas de curiosidad de doña Águeda (q. e. p. d.) en los primeros días del matrimonio; recordaba que ella, que jamás decía palabras irrespetuosas á sus tías, había tenido que esforzarse, para no gritar: «¡Idiota!» al ver á su tía mirarla así. Y aquello continuaba, aquello se había sufrido en Granada, en Zaragoza, en Granada otra vez y luégo en Valladolid. Y ni siquiera

la compadecían. Nada de hijos. Don Victor no era pesado, eso es verdad. Se había cansado pronto de hacer el galán y paulatinamente había pasado al papel de barba que le sentaba mejor. ¡Oh, y lo que es como un padre se había hecho querer, eso sí!; no podía ella acostarse sin un beso de su marido en la frente. Pero llegaba la primavera y ella misma, ella le buscaba los besos en la boca; le remordia la conciencia de no quererle como marido, de no desear sus caricias; y además tenía miedo á los sentidos excitados en vano. De todo aquello resultaba una gran injusticia no sabía de quién, un dolor irremediable que ni siquiera tenía el atractivo de los dolores poéticos; era un dolor vergonzoso, como las enfermedades que ella había visto en Madrid anunciadas en faroles verdes y encarnados. ¿Cómo había de confesar aquello, sobre todo así, como lo pensaba? y otra cosa no era confesarlo.»

«Y la juventud huía, como aquellas nubecillas de plata rizada que pasaban con alas rápidas delante de la luna... ahora estaban plateadas, pero corrían, volaban, se alejaban de aquel baño de luz argentina y caían en las tinieblas que eran la vejez, la vejez triste, sin esperanzas de amor. Detrás de los vellones de plata que, como bandadas de aves cruzaban el cielo, venía una gran nube negra que llegaba hasta el horizonte. Las imágenes entonces se invirtieron; Ana vió que la luna era la que corría á caer en aquella sima de oscuridad, á extinguir su luz en aquel mar de tinieblas.»

«Lo mismo era ella; como la luna, corría solitaria por el mundo á abismarse en la vejez, en la oscuridad del alma, sin amor, sin esperanza de él... oh, no, no, eso no!»

Sentía en las entrañas gritos de protesta, que le parecía que reclamaban con suprema elocuencia, inspirados por la justicia, derechos de la carne, derechos de la hermosura. Y la luna seguía corriendo, como